



Michel  
**Onfray**  
**DECADENCIA**

Vida y muerte  
de Occidente

MICHEL ONFRAY

# DECADENCIA

---

*Vida y muerte de Occidente*

Traducción de Alcira Bixio

Título original: *Décadence*, de Michel Onfray  
Publicado originalmente en francés por Flammarion

Obra editada en colaboración con Editorial Paidós – Argentina

1.<sup>a</sup> edición, junio de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Michel Onfray y Flammarion, París, 2017  
© de la traducción, Alcira Bixio, 2018  
© de todas las ediciones en castellano,  
Espasa Libros, S. L. U.,  
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España  
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3465-8  
Fotocomposición: Pleca Digital, S. L.  
Depósito legal: B. 8.943-2018  
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

# Sumario

PREFACIO. Metafísica de las ruina. . . . .	13
<i>Hasta la muerte muere</i>	
INTRODUCCIÓN. Poderío y decadencia . . . . .	23
<i>En el eco de una estrella colapsada</i>	

Primera parte  
LOS TIEMPOS DEL VIGOR

1  
NACIMIENTO  
La invención de una civilización

1. Las aventuras del anticuerpo de Cristo . . . . .	45
<i>Biografía de una ficción</i>	
2. Teoría de la circuncisión de los corazones. . . . .	63
<i>La progenitura del engendro de Dios</i>	
3. Un puñetazo judío en la cara de Cristo . . . . .	81
<i>Nacimiento del antisemitismo cristiano</i>	
4. La invención del cuerpo mutilado . . . . .	95
<i>Universalización de una neurosis</i>	
5. El devenir religión de una secta . . . . .	111
<i>Cuando el cordero se come a la loba</i>	

## 2

## CRECIMIENTO

## La fuerza de la fe

- |   |     |
|---|-----|
| 1. El más acá del reino de los cielos . . . . .             | 131 |
| <i>Parusía, cesaropapismo y fin de la historia</i>          |     |
| 2. Torturar el cuerpo, torturar las almas . . . . .         | 147 |
| <i>El Estado totalitario cristiano</i>                      |     |
| 3. Un paraíso a la sombra de las espadas . . . . .          | 161 |
| <i>Primer intermedio islámico</i>                           |     |
| 4. La estética de la propaganda . . . . .                   | 177 |
| <i>Política del arte cristiano</i>                          |     |
| 5. El cuerpo de Cristo en el estómago de una rata . . . . . | 195 |
| <i>Escolástica y dialéctica rompen ladrillos</i>            |     |

## 3

## PODERÍO

## La violencia de la religión

- |   |     |
|---|-----|
| 1. La guerra justa: solo una guerra. . . . .                    | 211 |
| <i>La «exquisita invención» de las cruzadas</i>                 |     |
| 2. La fuerza de la ley a la fuerza . . . . .                    | 227 |
| <i>Inquisición y gobierno del terror</i>                        |     |
| 3. Lanzar monitorios contra los cerdos . . . . .                | 245 |
| <i>Un tribunal para extirpar el animal que hay en el hombre</i> |     |
| 4. Fenomenología de la escoba de bruja . . . . .                | 259 |
| <i>Crítica de la razón misógina</i>                             |     |
| 5. Venturas y desventuras de los sarracenos . . . . .           | 275 |
| <i>Segundo intermedio musulmán</i>                              |     |

Segunda parte  
LOS TIEMPOS DEL AGOTAMIENTO

1

DEGENERACIÓN  
La deconstrucción racional

1. Papas, antipapas y contrapapas . . . . . 295  
*El pez cristiano se pudre por la cabeza*
2. Arquitectónica de las ruinas antiguas . . . . . 309  
*Los libros contra el libro*
3. Comer al prójimo como a uno mismo . . . . . 323  
*Hacer puchero con los caníbales*
4. La astucia de la razón hugonote. . . . . 339  
*La desacralización del soberano*
5. Sismología lisboeta de Dios . . . . . 357  
*Filosofía del terremoto*

2

SENESCENCIA  
El principio del resentimiento

1. La máquina rencorosa . . . . . 379  
*La revolución devora a sus hijos*
2. El principio de exterminio . . . . . 395  
*La invención del totalitarismo*
3. El socialismo trascendental . . . . . 413  
*La parusía marxista-leninista*
4. La revolución contrarrevolucionaria . . . . . 429  
*El fascismo como reacción cristiana*
5. Teoría de la cámara de gas . . . . . 447  
*Las ruinas de Occidente*

## DELICUESCENCIA

## El nihilismo europeo

1. La pasión de la destrucción . . . . .	467
<i>Una estética nihilista</i>	
2. La descristianización cristiana . . . . .	483
<i>El Paráclito inmanente del Concilio Vaticano II</i>	
3. Metafísica de Mayo del 68 . . . . .	499
<i>El camino real consumista</i>	
4. La historia después del fin de la historia . . . . .	515
<i>Tercer intermedio musulmán</i>	
5. Genealogía de la pequeña guerra . . . . .	533
<i>Antepenúltimo intermedio musulmán</i>	
 CONCLUSIÓN. La potencia desterritorializada . . . . .	 551
Hacia una civilización mundial	
 CRONOLOGÍA . . . . .	 565
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	577
ÍNDICE ONOMÁSTICO . . . . .	589
ÍNDICE ANALÍTICO . . . . .	603

# CAPÍTULO 1

---

## Las aventuras del anticuerpo de Cristo Biografía de una ficción

Monte del Gólgota, Palestina,  
viernes 7 de abril del año 30.

La civilización judeocristiana se construye sobre una ficción: la de un Jesús que nunca tuvo más existencia que la alegórica, metafórica, simbólica, mitológica. No existe ninguna prueba tangible de este personaje en su tiempo: en efecto, no se ha encontrado ningún retrato físico, ni en la historia del arte que sería su contemporánea ni en los textos de los Evangelios, donde no hay ninguna descripción del personaje. Más de mil años de historia del arte le han dado un cuerpo de hombre blanco, un rostro de mirada clara, cabello rubio y una barba bífida, es decir, criterios que informan más sobre los artistas que lo figuran (en el sentido etimológico: que le dan una figura) que sobre el personaje mismo. En el arte occidental, Jesús adquiere efectivamente el cuerpo del ario braquicéfalo que lo pinta. Pero nada de lo que constituye ese retrato emblemático encuentra justificación en un solo versículo del Nuevo Testamento, mudo sobre su aspecto físico.

Nuestra civilización en su conjunto parece reposar sobre el intento de dar un cuerpo a ese ser que no tuvo más existencia que la conceptual. Jesús de Nazaret, que no existió históricamente, devino, pues, el Cristo Pantocrátor que cristaliza en su nombre casi dos mil años de una historia occidental saturada de su presencia. Mientras la historia de su tiempo permaneció silenciosa en todo lo que a él respecta, la historia sucesiva ha sido más que elocuente, puesto que fue guiada por el deseo de dar a Jesús la forma entera del mundo. La intención casi se ha cumplido: el mundo entero no fue hecho totalmente a su imagen, pero lo que se sustrajo a ese movimiento envolvente no existió sin determinarse en relación con él.



Ese Jesús sin cuerpo procede de un nacimiento que no es un nacimiento. Evidentemente, ¡un anticuerpo no podría nacer como un cuerpo! Recordemos algunas banalidades básicas; desde el comienzo de la humanidad, la historia establece que un niño digno de ese nombre, es decir, un ser de carne y hueso, tenga un padre que sea su progenitor y una madre que lo lleve en su vientre concebido con el semen de aquel: al menos hasta fines del siglo xx, las cosas eran así, y, detalle trivial, el padre era un hombre y la madre, una mujer...

Muy vanguardistas para su tiempo, el trío Jesús, María y José procede de la manera que la modernidad valora: una procreación disociada del sexo, un padre que no es padre, una madre que es virgen y cuyo parto preserva el himen, un progenitor sin esperma, un esperma sin progenitor, un niño concebido sin líquido seminal, hermanos nacidos de una madre que no por ello es menos virgen, una familia en la que el padre no tiene sexualidad, la madre tampoco y ni siquiera el hijo la tiene, pues muere virgen a los treinta y tres años. Todo esto en un individuo que dice ser Hijo de Dios, al mismo tiempo que afirma que el Padre y el Hijo son la misma cosa: conjunto que se completa con el Espíritu Santo. Esta ausencia de cuerpo físico real parece perjudicial para el ejercicio de una razón conducida sanamente. Ahora bien, la razón occidental judeocristiana se construye sobre este puro despropósito.

La genealogía de Jesús es sumamente complicada. Cuando uno lee la letanía que abre el Evangelio según San Mateo, se entera de que Jesús desciende en línea directa de David y de Abraham a lo largo de tres períodos de catorce generaciones cada uno. Se trata, pues, desde el principio, de presentar a Jesús como el Mesías esperado por los judíos, el heredero directo de las promesas hechas a Abraham, a David y a su dinastía. Lo que dice el apóstol es que Jesús no es otro que el Profeta anunciado por los judíos: quienes suscriben esta versión son los judeocristianos; los que se oponen a ella son los judíos. En la configuración judeocristiana, Jesús es una ficción que cristaliza el anuncio que se había hecho de él. De modo que quienes lo construyeron para el futuro lo hicieron tal como había sido anunciado en el pasado. Se dice, pues, que lo que fue anunciado en el Antiguo Testamento se realiza en el Nuevo Testamento: lo que es futuro para el primero pasa a ser pasado para el segundo. Ya volveremos sobre esta cuestión.

Si reducimos la genealogía a los padres y a los abuelos de Jesús, los cuerpos de todos ellos son tan performativos, para usar un término de la lingüística, como el suyo: solo fueron porque se dicen que eran. Que el lector juzgue: los abuelos maternos de Jesús eran Joaquín y Ana. El nom-

bre Joaquín en hebreo significa: «Dios se mantendrá de pie», lo que equivale a decir que el patronímico anuncia el color teológico: es aquel que permitirá la encarnación de Dios; el nombre Ana significa la «gracia» y recuerda el de la madre de Samuel. El empleo ontológico del abuelo y la abuela de Jesús se anuncia desde el momento mismo en que se pronuncian tales nombres. Una tiene la gracia, el otro da forma a Dios. ¿Cómo podría su progenitura escapar a ese destino establecido y fijado por los nombres? El nombre de Jesús mismo significa «Dios salva», «Dios libera». Estas simples informaciones patronímicas anuncian la naturaleza metafórica de esta historia.

Los Evangelios sinópticos no se demoran mucho en las figuras de Joaquín y Ana. Para disponer de informaciones sobre particularidades de estos abuelos que humanizan a Jesús hay que leer los Evangelios apócrifos. Se comprende que, cuando pasa revista a los 27 libros del Nuevo Testamento en *La doctrina cristiana* (II, 8), san Agustín elige lo que alimenta la mitología de un cristianismo según sus deseos, por lo tanto, más bien metafísico antes que un cristianismo que se atenga a la historia. Cuanto más se espiritualiza, tanto más se desmaterializa. Cuanto menos material sea Jesús, mayor será su espiritualidad.

El Protoevangelio de Santiago y el Evangelio de la infancia del Seudo-Mateo permiten saber qué fue de la vida de los progenitores de los padres del anticuerpo de Jesús. El título original del Protoevangelio es *Natividad de María*. El Occidente latino ha condenado ese texto que fue abundantemente difundido en numerosas lenguas: latín, siríaco, copto, armenio, georgiano, etíope, árabe, irlandés antiguo. El texto recicla, como siempre sucede en el cristianismo, historias ya presentes en el Antiguo Testamento: la de Sara y Abraham y el nacimiento inesperado de Isaac anunciado por un ángel con forma humana en el Génesis (18, 1-15).

Ana es estéril y viuda, Joaquín parte al desierto para ayunar durante cuarenta días y cuarenta noches a fin de que Dios le conceda un hijo que le permita borrar la afrenta de la esterilidad, que, en aquella época y en ese medio, se creía un castigo divino. Esos cuarenta días remiten a períodos simbólicos: antes de Joaquín, Moisés (Éxodo 24, 18) y Elías (I Reyes 19, 8); después de él, Jesús (Mateo 4, 2). Durante ese tiempo, Ana llora. A la novena hora, se sienta como por azar bajo un laurel; da la casualidad de que ese árbol siempre verde simboliza la inmortalidad... Asimismo, la novena hora será la de la muerte de Cristo en la cruz. Ana invoca a Dios y evoca a Sara, a Abraham y a Isaac. Levanta la mirada y ve el nido de un ave cantora en el árbol; esta vez no hace falta precisar el simbolismo. Mientras Ana se lamenta, se le aparece un ángel que también se presenta

ante Joaquín. Al séptimo mes, cifra de la perfección —es, en efecto, el número de días de la creación—, Ana da a luz a María, futura madre de Jesús. Ana la amamanta.

El Evangelio de la infancia del Seudo-Mateo aporta algunas precisiones complementarias. Joaquín es pastor; también aquí, nuevamente, la profesión corresponde menos a una posición sociológica que a una información alegórica: el pastor conduce a los corderos y las ovejas, ciertamente, pero es también el que guía el rebaño de los fieles. Joaquín es, pues, pastor como lo será su nieto, aunque este último tenga la profesión de su padre..., ¡que era carpintero! Hay que habituarse. La lógica de la alegoría nunca es la de la razón razonable y razonante.

Joaquín es generoso, da y alimenta a «todos aquellos que temen a Dios» (I, 1): una vez más, alegoría. En el texto se habla de viudas, huérfanos, pobres, en otras palabras, del futuro grupo ante el cual profesará Jesús. A los veinte años, Joaquín se casa con Ana; veinte años más tarde, aún no tienen hijos. Por no tener descendencia, voluntad punitiva de Dios, los sacerdotes le prohíben asistir al Templo y la gente se mofa de él. Parte al desierto. No ya por cuarenta días, como en el texto de Santiago, sino durante cinco meses..., porque cinco es el número nupcial: es la suma del dos femenino y el tres masculino. El ángel visita a Ana y le anuncia la maternidad; luego se le aparece a Joaquín y le da la buena nueva: «Ella sabe por mí que ha concebido de ti una hija» (3, 2), dice el enviado de Dios al hombre que, sin ser progenitor, deviene así padre.

Sin rencor, Joaquín invita al ángel a festejar el acontecimiento bajo su tienda. Este último rechaza cortésmente la invitación y responde: «Mi alimento es invisible y mi bebida no puede ser vista por los mortales» (3, 3), inaugurando así una gastronomía ontológica que será la del nieto anunciado. Y ocurrió que «en el momento en que Joaquín ofrecía un cordero en holocausto a Dios, al mismo tiempo que el olor del sacrificio y en cierto modo con su mismo humo, el ángel se elevó hacia el cielo» (ibíd.). Joaquín se queda dormido y el ángel se le aparece nuevamente en sueños y le confirma su anuncio. Joaquín regresa junto a su mujer, otro ángel advierte a Ana el retorno del marido, a quien no había visto desde hacía cinco meses. Pare a María a término.

Esto es lo que tenemos sobre la parentela de Jesús: un abuelo que engendra sin haber tocado a su mujer estéril, que de todas maneras da a luz a una niña, la madre de Jesús. A semejanza de sus abuelos, quienes constituyen un dúo ontológico singular (un hombre ya mayor que fecunda a una mujer madura y estéril, sin ninguna relación sexual, con la justa intercesión de un ángel), los padres seguirán el mismo camino. Tal fárra-

go familiar difícilmente presagia una posteridad equilibrada. Que una civilización se construya a partir de las raíces de semejante árbol genealógico augura una novela histórica inaudita.

Tampoco la vida de María se priva de nadar en lo maravilloso: la niña nace antes de término, en el séptimo mes, lo cual es signo de una intervención divina. Siendo numerólogo jefe, Dios sabe que siete es la cifra de la perfección. Ya Isaac había nacido bajo el mismo signo. La niña empieza a andar a los seis meses y da... siete pasos. Al año, sus padres la presentan a los Grandes Sacerdotes de Israel, quienes la bendicen. A los tres años, entra en el Templo y permanece allí como una paloma, nos dice el texto: la paloma anuncia el fin del Diluvio, por lo tanto el fin de la cólera de Dios; está suspendida sobre la cabeza de Jesús durante su bautismo. Por otra parte, el anagrama numérico de la palabra «paloma» en griego da la misma suma que las palabras «alfa» y «omega». María «recibía su alimento de la mano de un ángel». Ahora bien, sabemos que el ángel no consume alimentos terrestres, sino que se nutre de alimentos inmateriales, por consiguiente, simbólicos. Con ese género de alimento ontológico, solo puede temerse una indigestión de símbolos.

A los doce años, María tiene su primera menstruación. Impura, según la ley judía del Levítico, debe abandonar el Templo. Un ángel le dice al Gran Sacerdote que debe convocar a los viudos del Templo. Cada uno de ellos debe llevar consigo una varilla. Dios mostrará su señal con esas varas que ya se encuentran en el Antiguo Testamento: Números (17, 16-28): aquel cuya vara eche brotes (que los freudianos comenten...) es el elegido de Dios. No hay ningún brote en la vara seca de José, que había permanecido tirada en un rincón (que los freudianos continúen...); recordemos que era viudo. Pero lo que sale de su pequeño trozo de madera es una paloma (que los freudianos, etcétera), y se posa sobre su cabeza. José es viejo, viudo, tiene hijos de su primer matrimonio; Jesús tendrá, pues, hermanos, hermanastros. Dos hermanas también, dicen. María es joven y virgen. El carpintero se niega a acoger a la niña, teme el ridículo y el qué dirán. El sacerdote lo obliga a llevarla a su casa: María tiene doce años. José la deja vivir bajo su techo, no la toca, respeta su virginidad y parte nuevamente a trabajar en sus obras: más que un modesto artesano, José es un carpintero contratista. A veces se ausenta de su casa durante tres meses, cuando debe realizar trabajos en sitios alejados.

Durante ese tiempo, con otras 82 niñas vírgenes, María teje el manto del Templo que separa el santuario del Santo de los Santos; ella pertene-

ce a la tribu de David. Por ende es de sangre noble y desciende de un gran linaje. Las tareas de la labor se reparten: siete jovencitas tejen cada una un material: el oro o el amianto, el lino, la seda, el azul, el escarlata y el púrpura. A María le corresponde evidentemente el tejido de la púrpura, signo de poder y del imperio. Siempre la codificación.

Un día en que María va a buscar agua a la fuente —nuevamente la metáfora y la alegoría—, se le aparece un ángel que le anuncia su destino. Pasado un tiempo, vuelve a aparecer y le repite: «No temas, María, pues el Señor de todas las cosas ha hallado gracia en ti. Tú concebirás de su Palabra» (11, 2). A buen entendedor...; esta frase angélica, «concebir de la Palabra de Dios», está diciendo que Jesús no es un cuerpo sino un concepto, un *Logos*, un Verbo, una Palabra. El Evangelio según San Juan confirmará hasta qué punto esta es la buena pista: Jesús no es un cuerpo de carne, sino un «cuerpo de palabras».

María interroga al ángel sobre las modalidades de esa concepción: ¿concebirá como las demás mujeres, con un padre que sea un progenitor concreto, terrestre? El ángel descarta esa idea trivial. No hace falta ningún cuerpo para generar un anticuerpo: «La potencia de Dios te cubrirá con su sombra» (12, 3), le dice. La mujer será cubierta, es verdad, pero por una sombra, y no por cualquier sombra, claro está, sino por la sombra de Dios..., pero sombra al fin. El ángel le dice que su hijo se llamará Jesús. Recordemos que la etimología enseña que ella dará vida a «aquel que salva».

Esta sombra de Dios es una luz... Al menos, una sombra luminosa. Lucas explica, en efecto, que «una nube luminosa cubría la gruta de su sombra» (1, 35). María tiene dieciséis años cuando queda embarazada. Seis meses después de su partida, José regresa y encuentra a su mujer encinta. Se golpea la cara, se lanza al suelo, llora y pregunta quién es el padre. «¿Quién me ha arrebatado a la virgen y quién la ha mancillado?» (13, 1). Pregunta legítima... María responde que no lo ha engañado: «Soy pura, no he conocido varón». Y luego: «No sé de dónde vino a mí» (13, 3). Silencio de José, que reflexiona sobre la reacción de su esposa: callarse sería traicionar la ley de Israel; hablar sería correr el riesgo de que no le crean y de sacrificar a quien podría ser el Hijo de Dios. Se le ocurre proponerle a María que abandone discretamente el hogar. El ángel Gabriel lo disuade.

El Gran Sacerdote acusa a José de traición. Llevan a María ante al tribunal del Templo. La joven llora y reitera que es pura y que no ha conocido a ningún varón. «Tú has consumado furtivamente tu matrimonio» (16, 1), afirma el Gran Sacerdote. José llora y responde con esta

magnífica frase: «Envía a tus servidores y encontrarás a la virgen encinta» (15, 2). Una «virgen encinta», he aquí un oxímoron llamado a hacer terribles estragos cuando la Iglesia proponga ese modelo existencial a las mujeres de Occidente durante más de un milenio. Habrá que apelar a todos los engranajes sofisticados de los Padres de la Iglesia para explicar con convicción las circunlocuciones sobre la posibilidad de ser casta teniendo relaciones sexuales: bastará con no entregarse al placer y hacer de la necesidad sexual ¡una virtud uxórica!

Los sacerdotes someten a la pareja a una ordalía: el padre que no es el progenitor y la madre que no ha fornicado beben «el agua de amargura» ofrecida por el oficiante: si después de haberla bebido y haber dado varias vueltas alrededor del altar, la mujer es culpable de adulterio, su vientre se hinchará y sus pechos se marchitarán. Nada de eso se manifiesta. Ambos parten entonces al desierto y regresan sanos y salvos. ¡Prueba de que han dicho la verdad! La pareja entra en la casa y bendice a Dios. El embarazo puede seguir su curso: María está encinta de Dios, por consiguiente, continúa siendo virgen, y José conserva su respetabilidad, pues no se ha acostado con su mujer, aunque ella esté encinta.

Llegado el momento, José ensilla un asno y ayuda a subir a María. Buscan una gruta para que ella pueda parir. El asno es una cita del Antiguo Testamento, más precisamente de Zacarías: «Mira, tu rey viene hacia ti, justo, salvador y humilde. Viene montado en un asno» (9, 9), al mismo tiempo que un anuncio hecho en el Nuevo Testamento de la futura entrada de Jesús en Jerusalén sobre el lomo de mulo, por ejemplo, en el Evangelio según San Mateo (11, 29). De modo que la pareja va hacia su destino.

Justo antes del parto, Santiago señala que se produce un prodigio cósmico: la bóveda del cielo está inmóvil, José se pasea y no se pasea, el aire está congelado de pavor, las aves permanecen quietas en el cielo, los obreros sentados muy cerca comen pero no comen, las ovejas avanzan pero permanecen en su lugar, el pastor levanta la mano para azuzarlas pero su mano queda en el aire, los cabritos tienen el hocico en el río pero no beben; luego, de pronto, el tiempo suspendido retoma su curso: todo va, todo vive, todo se mueve nuevamente. La bóveda celeste está en movimiento, las aves vuelan, los obreros comen, las ovejas avanzan, el pastor ya no tiene necesidad de azuzarlas, los cabritos beben. Jesús puede nacer.

«Una nube luminosa cubría la gruta» (19, 2). Es la famosa sombra de Dios... La comadrona judía dice: «Un salvador le ha nacido a Israel» (19, 2). El judeocristianismo está naciendo al mismo tiempo que Jesús.

Luego, esto: «Y de inmediato la nube se retiró de la gruta y apareció una luz tan grande que nuestros ojos no podían soportarla. Y, poco a poco, esa luz fue retirándose hasta que apareció un recién nacido y buscó el seno de su madre María» (19, 2). En el Éxodo, se habla de la «sombra de una espesa nube» (19, 16). Uno se pierde entre las sombras luminosas y las nubes oscuras. La cuestión es que Jesús nació y que hubo luz, mucha luz, lo cual confirma mi hipótesis —propuesta en *Cosmos*— de que Jesús es un nombre más en la historia del ancestral culto pagano de la luz.

La encarnación se hace evidente desde el primer aliento de Jesús: él, que bien podría nutrirse como su mamá de los alimentos espirituales del ángel, mama del seno de su madre como lo han hecho todos los bebés del planeta desde que el mundo es mundo. La partera, que sale de la gruta y se encuentra con Salomé, le dice: «Voy a contarte la maravilla extraordinaria, presenciada por mí, de una virgen que ha parido de un modo contrario a la naturaleza». Y Salomé repuso: «Por la vida del Señor mi Dios, que, si no pongo mi dedo en su vientre, y lo escruto, no creeré que una virgen haya parido» (19, 3). Salomé mete el dedo: «Castigada es mi incredulidad impía, porque he tentado al Dios viviente, y he aquí que mi mano es consumida por el fuego, y de mí se separa», prueba ontológica, a falta de ser ginecológica, de que María es virgen y madre. Salomé confirma: «Un gran rey ha nacido para Israel».

La infancia de Jesús, aparte del episodio de la lección que da a los sacerdotes cuando tiene doce años y que solo san Lucas relata (2, 41-50), nos es desconocida: entre la huida a Egipto cuando solo tiene días y los primeros momentos de su magisterio, alrededor de los treinta años de edad..., nada. Tres décadas sin huellas. Nada sobre su infancia, nada sobre su adolescencia, nada sobre sus estudios, nada sobre su formación, nada sobre eventuales compañeros de ruta. Nada tampoco de sus juegos con sus hermanos, Santiago el Justo, José Barsabás, Judas Apóstol y Simón el Zelote: san Pablo habla de Santiago, hermano de Jesús en su Epístola a los Gálatas (15, 19), y de sus otros hermanos en su Primera Epístola a los Corintios (9, 4-5).

Ahora bien, existe un texto titulado *Historia de la infancia de Jesús* que informa sobre los hechos y gestos de un sucio chiquillo entre los cinco y los doce años. Ese breve texto es un florilegio de las tonterías y travesuras de lo que hoy llamaríamos un niño malcriado. José y María, efectivamente, a menudo parecen sobrepasados por las actitudes del hijo. Si Jesús fue el fruto del Espíritu Santo, este texto muestra que tam-

bién podía ser humano, muy humano, y, para resumir, un petulante insufrible. Esta quizá sea la razón por la que esta pequeña joya literaria nunca fue rescatada por san Agustín en el corpus neotestamentario, y que, desde entonces, forma parte de los escritos apócrifos.

La ley judía proscribía toda actividad el *sabbat*. Ahora bien, ese niño judío de cinco años modela doce aves pequeñas de arcilla. El simbolismo es fuerte: del mismo modo en que Dios tomó un día arcilla para crear al primer hombre, Jesús repite el gesto pero hace doce pájaros, es decir, doce apóstoles. José lo regaña por no haber respetado el *sabbat*; el niño se burla de la reconvencción y reacciona dando unas palmadas en el aire: las aves cobran vida y salen volando hacia el cielo. En otras palabras, nada podrá impedir a Jesús que haga lo que debe hacer: violar la prescripción del *sabbat* de los judíos y crear una escuadra de apóstoles que volarán por todo el planeta llevando la buena nueva, su palabra. En este episodio, lo que se muestra metafóricamente es el nacimiento del judeo-cristianismo como elemento separado del judaísmo.

Para obtener el agua con que mezcla la tierra para modelar sus pájaros, Jesús ha hecho un pequeño dique en el vado de un arroyo. El hijo de un escriba que compartía sus juegos rompe sin malicia la presa que forma el charco de agua cuando jugaba con una ramita de sauce. Jesús lo maldice y le dice al padre que se halla allí con José: «Que tu vástago no tenga raíz y que tu fruto se vuelva árido como una rama arrancada por el viento» (3, 1). Dicho y hecho: el niño se reseca ahí mismo. ¡Nadie fastidió al niño Jesús!

En una ocasión en que va andando con su padre, un niño golpea sin querer a Jesús en el hombro. Enojado, Jesús dice: «Tú no continuarás tu camino» (4, 1), y el niño cae muerto instantáneamente. Los padres del niño fulminado por la voluntad de Jesús se quejan a José, que ya no puede más y le pregunta por qué se comporta de ese modo. El niño responde que nadie debe oponerse a su voluntad, luego ciega a todos los que se cruzan en su camino. José se indigna y le tira de una oreja; Jesús le replica que no se ha comportado prudentemente..., a su propio padre le dice eso.

Zacarías, que pasa por el lugar, oye a Jesús hablarle así a su padre y se propone educarlo y enseñarle a comportarse correctamente con los demás, a querer a sus compañeros, a ayudar a los ancianos (lo que quiere decir que Jesús no los ayuda, cosa que ninguna historia atestigüa...), a hacerse amigo de los niños y a instruirlos a su vez. Jesús lo mira displicente y le dice: «Antes de que hubieras nacido, yo ya estaba aquí» (5, 2 a). Luego se propone enseñar a quien quería darle lecciones. La gente que los rodea ríe divertida y Jesús responde: «He jugado con vosotros por-



que os maravilláis de cualquier pequeña cosa, carecéis de ciencia y tenéis poca inteligencia» (6, 2 d).

Más determinado que antes, Zacarías quiere educar a ese muchachito insolente y pretencioso, agresivo y suficiente, impertinente y maleducado. Comienza con gentileza y lo conduce a la escuela. Jesús se calla. El maestro recita el alfabeto y le pide al alumno que repita la primera letra; Jesús se niega. Zacarías se enfada y le pega en la cabeza. Jesús dice: «Si uno le pega a un yunque, es el que golpea quien recibe el golpe más duro. Puedo decirte que hablas como un bronce que repica y como una campana que resuena, que no puede hablar y no tiene ciencia ni sabiduría» (6, 2 f). Seguidamente recita el alfabeto completo y en orden. Y agrega: «Quienes no conocen el alfa, ¿cómo podrían enseñar beta? Oh, hipócritas, comenzad vosotros mismos por enseñar qué es alfa y luego os creemos en lo que concierne a beta» (6, 3).

Seguidamente, Jesús imparte una lección al maestro sobre la forma y el nombre de la primera letra, por qué tiene numerosos triángulos, por qué es alargada, inclinada, ladeada hacia abajo, torcida, recta. Zacarías renuncia y confiesa que está ante un ser excepcional: «¡Desdichado de mí, pensaba encontrar un discípulo y he encontrado un maestro!» (7, 2). Ante esta paliza que ha dado, «Jesús ríe» (8, 1), dice el texto: en ninguna parte de los 27 textos conservados como el corpus definitivo del Nuevo Testamento puede encontrarse una sola ocasión en la que Jesús ría. No era cuestión de darle una forma demasiado humana a ese personaje conceptual. Un concepto no se ríe. Magnánimo, puesto que después de esta lección de humillación del maestro, todo el mundo se siente atraído por su naturaleza excepcional, por su carácter extraordinario, Jesús pone fin a sus maldiciones: decide que aquellos a los que ha cegado deben recuperar la vista. Y ellos la recuperan. El concepto Jesús es performativo.

Pero la magnanimidad tiene un tiempo; está sometida, en efecto, a la ocasión. Pues un día en que Jesús está jugando sobre un techo con otros niños, uno de ellos cae y se mata. Todos los demás huyen. Los padres del pequeño muerto están abrumados: Jesús ha empujado al niño. No es cuestión de dejarse culpar. Jesús pregunta al cadáver: «Zenón, ¿fui yo quien te hizo caer?» (9, 3); el pequeño difunto vuelve en sí, se levanta y responde de inmediato: «No, mi Señor». Estupefactos, los padres glorifican a Dios. Jesús vuelve a sus juegos de niño de cinco años.

Dos años después, a los siete, Jesús va a buscar agua a una fuente. El cántaro se rompe. Nada de que preocuparse: el niño extiende su túnica en el suelo, la llena de agua y se la lleva a la madre, que se maravilla de ese pequeño prodigio de una tela que no deja pasar el líquido. Se mara-

villa pero no se lo cuenta a nadie. Los poderes taumatúrgicos le permiten por lo tanto a Jesús desobedecer a su padre, vengarse de un compañero de juegos a quien ha decidido considerar malo, humillar a un maestro, matar a un niño con el que se ha chocado en la calle, resucitar a otro para disculparse por haberlo matado, pero también, más fútil, paliar el inconveniente de un cántaro roto.

Cuando Jesús cumple ocho años, su padre le enseña los rudimentos de su oficio de carpintero. Tampoco descuida su formación intelectual. Decide llevarlo a casa de otro maestro. Este, como el anterior, le pide que nombre la letra alfa, luego omega; en otras palabras, metafóricamente, que nombre el comienzo y el fin de toda cosa. Jesús, como había hecho antes, cuestiona al maestro y le pide que primero diga él qué es alfa. Y que solo entonces él dirá beta. El adulto se indigna y le pega. Fiel a un método que ya se ha revelado eficaz, Jesús le quita la vida; regresa a casa de sus padres como si nada hubiera ocurrido. José le pide a María que no deje salir al pequeño de la casa «a fin de evitar que quienes lo golpeen mueran» (14, 3). Tal era el ambiente.

A un tercer maestro se le metió en la cabeza enderezar al niño. Desde que entró en la escuela, Jesús «no leía lo que estaba escrito sino que abría la boca y hablaba conforme a la inspiración del Espíritu Santo, por lo que el maestro, lleno de pavor, cayó de rodillas y le imploró» (15, 2). La vida junto a Jesús niño no es fácil. Al enterarse de la situación, y advertido por lo ocurrido en el pasado, temiendo lo peor, José llega a la escuela sospechando que va a encontrarse con una nueva víctima. Viendo que esta vez no ha habido homicidio del maestro, José toma al niño de la mano y regresan a casa.

Otro día, Jesús va a coger leña al bosque con su hermano Santiago y a este le muerde una víbora en la mano. Santiago queda inconsciente, Jesús extiende la mano, sopla en el lugar donde la serpiente ha clavado los colmillos y lo cura. La serpiente muere. No hay que buscar muy lejos la significación de esta alegoría: la serpiente, que desde el Génesis representa el mal, muere por obra de Jesús, quien hace el bien y mata el mal. Es una respuesta al pecado original, que, como sabemos, será perdonado en virtud de la adhesión a sus prédicas y merced a su crucifixión.

También podrían interpretarse así las muertes infligidas por Jesús a quienes se oponen a su voluntad, se atraviesan en su camino, a quienes imaginan que pueden instruir a aquel cuya vocación es instruir, o lo acusan de cosas que no ha hecho, o cuando un accidente le complica la vida, cuando el mal quiere imponerse, es decir, como historias que enseñan que nadie debe oponerse a lo que este niño habrá de devenir, que nadie

podría contrariar su voluntad que es voluntad de Dios, que decirle no al niño es decirle no al Mesías que será.

A los doce años, y esta es una historia conocida, da lecciones a los doctores del Templo en Jerusalén. Este episodio es el último que se cuenta en la *Historia de la infancia de Jesús* y también aparece en el Nuevo Testamento. Pero, hasta ese momento, los Evangelios canónicos ignoran la infancia de Jesús. Probablemente porque, en los textos que subsisten sobre ese tema, la alegoría es más inaccesible a la decodificación, la simbología más difícil de comprender. Al leer estos textos, uno puede imaginar que un Jesús que distribuye la muerte según su capricho es un malvado, lo cual no coincide con la imagen del Jesús bueno y dulce que triunfa en los textos elegidos para constituir el corpus institucional.

El cuerpo de Jesús niño obedece a las mismas leyes que el cuerpo de Jesús adulto: no come, no bebe, no ríe, no duerme, no sueña, no padece; no tiene ningún deseo, no se le conoce ninguna pasión; no es afectuoso, no es cariñoso con el padre; no le obedece y hasta le desobedece; no tiene ninguna relación con las niñas, y la única mujer entre quienes lo rodean es su madre. Lo que dice el texto descartado del Nuevo Testamento confirma que Jesús, aun siendo niño, es un personaje conceptual que cristaliza las informaciones diseminadas en el Antiguo Testamento respecto del Mesías anunciado por los textos judíos. Jesús solo existe plenamente en coincidencia con el retrato anunciado por el corpus del Antiguo Testamento. Es lo que los textos han dicho que sería.

La biografía de Jesús se corresponde con la biografía del Profeta anunciado por los judíos. Dejemos de lado las demás influencias, numerosas, que hacen una cristalización de otras fuentes: sirias, egipcias, asiáticas, griegas, romanas. Desenmarañar la madeja de esas citas que muestran en qué medida Jesús resulta ser un *collage* mediterráneo es una tarea ingente. Jesús está además relacionado conceptualmente con los esenios, los gnósticos, los fariseos, los zelotes, los saduceos y muchas otras sectas entonces florecientes y hoy desaparecidas sin dejar rastros ni textos.

Pero el judeocristianismo que nos interesa aquí no es tanto el de las fuentes y el *collage* como el del resultado: a falta de un Jesús histórico, hubo un Jesús de papel, y esta figura se ha constituido a partir de relatos poéticos, de prosas alegóricas, de textos simbólicos, de discursos mitológicos, que mitigan la falta de un ser concreto, real, digamos nuevamente, histórico, mediante una escalada metafórica, primero con los textos y luego con las obras de arte. Occidente es el nombre que ha tomado el

trabajo estético de este sobrepujamiento. Nuestra civilización nombra la estetización de un concepto destinada a *presentificarlo* en la historia.

En los Evangelios canónicos, el cuerpo de Jesús no come ni bebe. Consume alimentos espirituales, simbólicos. Este anticuerpo ingiere metáforas. Este mismo Jesús no duerme: en Getsemaní, con Pedro y los dos hijos de Zebedeo, vela y ora. Los demás duermen; él reza. Es un cuerpo de judío, pues ha sido circuncidado el octavo día, nos dice san Lucas (2, 21). Pero es también un cuerpo de taumaturgo: cura a los enfermos, resucita a los muertos, transforma el agua en vino, anda sobre las aguas, apacigua las olas desencadenadas, multiplica los panes; todas cosas que ningún hombre normal hace. Cuando está en la cruz y vive sus últimas horas, una lanza le perfora el costado, y de la herida sale linfa y sangre, no palabras. *Ecce homo...*

Tomar la alegoría al pie de la letra es condenarse a no salir nunca de lo maravilloso. Leerla como un enigma codificado que pide ser descifrado es en cambio lo que da todo su sentido a los textos. ¿Qué hacer si no con las abundantes parábolas? El buen trigo y la cizaña, el grano de mostaza negra, la levadura, el deudor impiadoso, los obreros empleados en la viña, el tesoro escondido, la perla preciosa, la oveja descarriada, los dos niños, los vinateros homicidas, el buen pastor, las bodas reales, la higuera, los talentos y tantas otras historias que no deben ser creídas al pie de la letra, sino interpretadas en su espíritu.

En San Mateo podemos leer: «Todo esto le dijo Jesús a las multitudes en parábolas, y sin parábola no les decía nada, a fin de que se cumpliera lo que había sido anunciado antes por el Profeta cuando decía: “Abriré mi boca en proverbios. Hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos”», que es una cita de los Salmos (78, 2). Esta cita muestra que Jesús es el nombre dado entre los judíos por aquellos que creían que el Mesías no estaría por venir sino que ya había venido. Para decir que ya había estado y cómo había estado bastaba con nutrirse de los textos que lo anunciaban y hacer de él aquel que de hecho —porque su vida coincidía con lo que se había dicho antes de él— parecía ser verdaderamente el Mesías anunciado. La biografía de Jesús fue escrita aun antes de que él tuviera que vivir su vida, hasta tal punto que no tuvo necesidad de vivirla, puesto que no la tuvo.

Así es como la ascendencia de Jesús, tal como se la describe en el comienzo del Evangelio según San Mateo, está tomada directamente de los textos del Antiguo Testamento: Génesis, Isaías, los Libros de las Crónicas, Josué, el Libro de Rut, los Libros de Samuel, los Libros de los Reyes, etcétera. El ángel que se le aparece a María se encuentra en el

Génesis (16, 7); en sueños, en el Eclesiastés (34, 1). La Virgen que da a luz a un niño está en Isaías (7, 14). El bautismo purificador en el río Jordán está en el Segundo Libro de los Reyes (5, 14). La tentación en el desierto, los comerciantes del Templo, la multiplicación de los panes, la fórmula de la Eucaristía, así como numerosas escenas del Nuevo Testamento se encuentran ya en el Antiguo.

El Evangelio según San Mateo (2, 1) presenta el nacimiento de Jesús en Belén, lo cual tiene sentido cuando uno se remite a Miqueas (5, 2), al Segundo Libro de Samuel (5, 2) y al Primer libro de las Crónicas (11, 2), y se atiene a la hipótesis de un Jesús inventado para responder al anuncio judío del advenimiento próximo de un Mesías. San Mateo cita los textos del Antiguo Testamento: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres de ningún modo el menor de los clanes de Judá, pues de ti saldrá un jefe que será pastor de mi pueblo Israel».

Pero san Lucas (2, 39) habla de Nazaret como ciudad natal: ¿no se dice habitualmente Jesús de Nazaret? Ahora bien, históricamente Nazaret no existía en la época en que supuestamente nació Jesús, que tampoco existió históricamente. Las excavaciones arqueológicas de la ciudad muestran, en efecto, que esta aldea no vio la luz hasta finales del siglo II. Si se dice que Jesús es de Belén, es porque esa ciudad es ante todo una metáfora: se trata de hacer de Jesús un sucesor de David, soberano de la tierra de Israel cuando esta estuvo unida. Pues Belén es la ciudad de David, como nos recuerda Lucas (2, 3-5).

La etimología del término «evangelio», la «buena nueva», dice que lo que había sido anunciado se ha cumplido. La historia del cristianismo es la historia de las notas a pie de página de esta ficción libresca y su inscripción en la historia a través de la patrística, las decisiones conciliares, el papado, la teología, la escolástica, la filosofía medieval, todo ello puesto en imágenes por el arte occidental.

La pasión misma de Cristo se encuentra ya escrita en filigrana en el Salmo 22, titulado «Sufrimientos y esperanzas del justo»: se sabe que, en la cruz, un famoso «viernes 7 de abril del año 30», según se dice, Jesús pronuncia esta extraña frase: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (San Marcos, 15, 34). La misma se encuentra ya, palabra por palabra, en el segundo versículo del salmo en cuestión: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Salmo 22, 2). Asimismo, *en ese mismo texto escrito muchos años antes de Jesús*, se lee: que la madre da a luz por orden de Dios, la burla y el desprecio hacia el hombre en cuestión, la muchedumbre que pregunta por qué su Dios no lo libera de la desgraciada situación en la que se encuentra, el sufrimiento y la sed en el

castigo, los bribones que lo rodean, los pies y las manos despedazados, el reparto de sus túnicas, la ropa distribuida al azar, el anuncio del reino de Dios por su linaje...

Por lo tanto, no sirve de nada leer los Evangelios como textos de historiadores, menos aún como textos redactados por testigos directos. Si Jesús hubiera existido históricamente, alguno de los evangelistas lo habría conocido: al que estuvo más cerca de la Pasión lo separa de Jesús al menos una generación..., en las hipótesis más cortas. Por otra parte, resulta difícil imaginar que, si las cosas hubiesen tenido lugar fácticamente como se dice, con intensas manifestaciones sobrenaturales —oscurecimiento del cielo y noche en pleno día, temblores de tierra y rocas hendidas, silencio de los animales y desgarró del velo del Templo, sin contar los cuerpos de tantos santos muertos que salen de sus tumbas—, ningún historiador moderno lo haya consignado.

Pues bien, ninguno de los historiadores que vivieron en aquella época ha hablado de ese acontecimiento: ni Suetonio ni Plinio, ni Flavio Josefo siquiera, un judío que vivió entre los romanos y que hizo una crónica escrupulosa de los más insignificantes hechos y actos de los judíos y los romanos de su tiempo. No existe ningún manuscrito del siglo I de nuestra era. Flavio Josefo no habla de Jesús sino de los cristianos. Además, el párrafo dedicado a ese tema fue agregado unos ocho siglos más tarde, como prueba el análisis estilístico del documento, transcrito por monjes copistas que completaron lo que estimaron era un ¡olvido del historiador!

No hay ninguna huella porque no hubo ningún hecho. El único hecho que existió fue de orden conceptual: el de una construcción alegórica, mítica, mitológica, fabulosa, metafórica, simbólica, que funciona como un millojas de enigmas. Esta cristalización da un cuerpo de papel a un Jesús que nunca tuvo ningún otro cuerpo. Hasta la carne de su encarnación es una ficción: Jesús bebe vino porque ese líquido rojo anuncia la sangre de la Pasión; es también la viña del Señor plantada por Jehová que simboliza el pueblo de Israel; Jesús come pan porque la levadura anuncia el fermento de los creyentes que componen la masa de la Iglesia, y es también el pan enviado por Dios a Moisés para el pueblo de Israel, el pan venido del Cielo que encontramos en el Éxodo (16, 4). Jesús come pescado, lo que es finalmente un guiño a Ezequiel (47), quien nos enseña que donde hay peces hay agua viva, y el agua viva es la del bautismo del Bautista, la de Jesús y luego de los cristianos por venir.

Lo que come Jesús es, pues, símbolo, y puesto que el símbolo ingerido no deja desechos, a nadie debe sorprender que Jesús —Dios hecho hombre, recordémoslo— no tenga necesidad de orinar ni de defecar, que sería el menor de los detalles cuando uno ha elegido la vía de la encarnación. Jesús bebe vino y come pan durante la Cena, pero lo que está haciendo es anunciar la Pasión, la sangre que va a correr para redimir los pecados del mundo y la levadura futura de los cristianos que cumplirán su profecía; come pescado asado después de la resurrección, pero lo hace para anunciar que ha llegado el tiempo del bautismo y de la Iglesia.

Cuanto más terrestre y concreto es el Evangelio, tanto más entra en el detalle fáctico y tanto más indescifrable resulta, pues es más fácil quedarse en la anécdota, dejarse absorber por la historia pequeña, estancarse y no elevarse hasta el sentido verdadero que está oculto, encriptado. Creer que la multiplicación de los panes es producto de un milagro es ignorar que la numerología sagrada permite remitir, también en este caso, a un sentido oculto: en hebreo, cada letra es, además de una letra, un número. Cada palabra produce, pues, su equivalencia en una cifra: la *gematría* es la disciplina que relaciona entre sí los términos que tienen el mismo valor numérico; el *notarikón* es un código que asocia letras iniciales, medias o finales de varias palabras para formar otras; la *temurá* es el procedimiento cabalístico que permite permutar una letra por otra.

La aplicación de estos procedimientos permite leer por debajo del texto lo que quiere decir verdaderamente. Hay, pues, dos niveles de lectura: uno para el pueblo al que se destinan las historias mitológicas, fabulosas, legendarias, míticas (Jesús pesca 153 peces en el lago Tiberiades), fáciles de comprender; de ahí la profusión de parábolas. Y otro nivel de lectura reservado a los iniciados que permite saber que, bajo esa cifra «153», se oculta el valor numérico de la expresión «los Hijos de Dios», pero también «la Pascua». Lo que pesca Jesús es, de manera exotérica, 153 pequeños peces y, de manera esotérica, el anuncio de lo que advendrá: el reino de aquel que ha recogido su red.

En el Evangelio según San Juan está todo dicho..., para quien quiera entenderlo. Y es el que da la clave de los otros tres, pero esta también es, paradójicamente, una clave cifrada. Juan es el más cerebral, el más conceptual, el más intelectual de los evangelistas. Es también el más enigmático, y esto es el colmo cuando uno advierte que es el más claro en cuanto a la verdad conceptual y no histórica de Jesús. Juan dice: «En el comienzo era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios» (1, 1). El Verbo es el *Logos*, es la Palabra. Dios es, pues, Jesús, que es, pues, *Logos*, Verbo y Palabra..., y nada

más. Jesús es una pura palabra, un Verbo puro, un simple *Logos*. No tiene por lo tanto ninguna existencia histórica, sino que más bien, como cuando uno abre una cebolla y no encuentra nada en su centro, Jesús es una cebolla conceptual en cuyo centro solo se descubre un verbo, una palabra, un discurso. De suerte que, cuando los discípulos invitan a Jesús a comer, él les responde: «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis» (4, 32). Y luego: «Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y cumplir su obra» (4, 34). Es verdad que come pan, pero da su receta ontológica: «Mi padre os da el pan del cielo, el verdadero, pues el pan de Dios es el que desciende del cielo y da la vida al mundo» (6, 32-33).

Se dice que, después de su muerte, Jesús resucitó al tercer día y que más tarde ascendió al cielo. En la tumba, solo se encuentran vendas enrolladas y un sudario plegado. El verdadero cuerpo de Cristo es un cuerpo ausente: precisamente por su ausencia, su presencia es la más obstinada que pueda darse. La civilización judeocristiana ha querido, sin quererlo realmente, porque no sabía que lo quería, dar un cuerpo a Cristo, que solo tenía uno en forma de *Logos*, de Verbo, de Palabra. Creer en ese Verbo era salvarse.

El judeocristianismo, que es el nombre que damos a nuestra civilización en pleno proceso de desintegración, se constituyó a lo largo de mil quinientos años tratando de dar una forma a ese Cristo conceptual. Esta forma es nuestra civilización. Y fueron necesarios discípulos de ese Cristo sin cuerpo, artistas para dar cuerpo a ese verbo sin carne, emperadores para obligar a creer esta ficción, creyentes que terminarían por suscribir esta fábula para niños y filósofos, que, poquito a poco, comenzaron a dudar un poco de que esa historia fuera verdadera.

Ciertamente, Jesús tiene aún cientos de miles de discípulos en todo el planeta. Pero una alucinación colectiva, por muy colectiva que sea y por mucho que convoque a vastas multitudes, no deja de ser una ilusión. Como Isis y Osiris, como Shiva y Visnú, Zeus y Pan, Júpiter y Mercurio, Thor y Freia, Juan Bautista y Jesús son ficciones. Las civilizaciones se construyen sobre ficciones, y la gente solo se entera de que eran ficciones cuando las civilizaciones que las hicieron posibles ya han desaparecido. Cuanto más fuerte y arraigada está la creencia en estas ficciones, tanto más potente es la civilización. El ascenso de la creencia corre parejo con el de la civilización: la fábula de Jesús es una fábula genealógica de los mil quinientos años de la nuestra.